

traducciones publicadas en España o en otros países, o los libros de autor hispanoamericano aparecidos en Madrid, como *Bolívar en las tradiciones peruanas*, 1930, de Ricardo Palma. Todo esto se hará, estoy seguro. Si lo apunto ahora no es en demérito de la obra que presentamos, sino para subrayar su importancia, y para decir que se puede señalar lo que acaso falta porque la labor seria, grande y de ciclópeos fundamentos está ya realizada. Por lo cual sólo me queda, para concluir, felicitar a las *Ediciones de la Presidencia de Venezuela* y al profesor Alberto Filippi, en particular, por la magnífica aportación que han hecho al progreso de la ciencia, y al conocimiento de Simón Bolívar, y de sus entornos.

TALLER CRITICO

UNA VIDA DEL PADRE LIBERTADOR

por R. J. Lovera de Sola

En un pasaje de sus escritos dejó consignado Pedro Henríquez Ureña (1884-1948) este pensamiento: "Cada generación... debe justificarse críticamente rehaciendo las antologías, escribiendo de nuevo la historia literaria y traduciendo nuevamente a Homero".⁽¹⁾ Partiendo de lo dicho por el maestro dominicano debemos añadir que para cada promoción venezolana hay una obligación más: volver a escribir la vida de Bolívar. Es esto lo que ha acometido el historiador Tomás Polanco Alcántara al concebir su *Simón Bolívar, ensayo de interpretación biográfica a través de sus documentos*. (Caracas: Academia Nacional de la Historia/Ed. Ge, 1994. XIV, 1033 p.).

En el caso del libro que comentamos debemos señalar que hasta ahora no se había concebido biografía alguna de Bolívar utilizando el numeroso cúmulo de material documental como el manejado por Polanco en su libro. Gracias a su investigación vemos en cada caso qué pensaba el Libertador en cada uno de los momentos de su agitado vivir. Y ello siempre respaldado por la cita pertinente; es también la primera vez que logramos vislumbrar plenamente a Bolívar dentro de la circunstancia internacional de su tiempo. Esto es especialmente válido a partir de 1820, año durante el cual indica Polanco, "Bolívar atrae poderosamente el mundo político europeo". (Pág. 792). Gracias a las cuidadosas incursiones de Polanco podemos ver en cada caso qué pensaba Bolívar y cuáles eran las repercusiones que sus ideas, o sus acciones, tenían en las Cancillerías de las grandes potencias del viejo mundo. El interés de los Estados Unidos fue anterior. Un tercer segmento que hay que tener en cuenta, y en el cual Polanco resulta también plenamente novedoso, es en lo relativo a las lecturas que hizo Bolívar y en la forma cómo aquellas lecturas influyeron en su acción. En esta densa parte –que tienta al lector a tratarla aparte– no sólo vemos qué lecturas hizo –Polanco logró leer desde una perspectiva actual cada una de las obras que Bolívar tuvo en sus manos– sino que nos muestra, con

(1) Pedro Henríquez Ureña: *Obra crítica*. México: Fondo de Cultura Económica, 1960. p. 232.

bastante precisión, cómo influyeron en su acción. En esta parte se cumple lo afirmado por Uslar Pietri “nada revela mejor la calidad del espíritu de un hombre que los libros que lee o que posee”.⁽²⁾

Todo esto lo ha hecho Polanco siguiendo un principio para el estudio de Bolívar que él anunció al decir que se requería un trabajo hecho con “métodos críticos y realistas, sustituyendo la fábula por la investigación, la leyenda por el análisis y la anécdota por la interpretación”.⁽³⁾

A Bolívar nos lo presenta Polanco como un hombre cuya vida, cuya muerte, cuya acción, transcurrió siempre cerca del mar. Nació en una ciudad cercana al ponto caribeño. Hasta los quince vivió en ella (1799). De allí hasta los veintisiete años el Océano Atlántico dominará en su vida. Entre 1812-16 el Caribe será el escenario de su acción y el lugar de su consolidación como jefe de la causa que liderizó. Los cuatro años decisivos de la coronación de su ideal los pasará cara o cerca del Pacífico (1822-26). Al Caribe volverá para las últimas acciones (1826-30). Y frente a él rendirá la vida. Estas observaciones llevaron a Polanco a escribir: “Siempre me ha impresionado la estrecha relación de Bolívar con el mar. Cuando regresa a Caracas... en 1810... había recorrido seis veces los caminos del Atlántico... Luego de la caída de la Primera República y por varios años, el Caribe fue un campo de acción que le proporcionó muchas lecciones que aprender... El Caribe le enseñó a esperar, a sufrir, a ser derrotado y a vencer... Después se fue a buscar los senderos del Pacífico... Frente al Pacífico, enfermo en Pativilca, manifestó su único deseo: triunfar... Y cuando ya no le quedaba vida, buscó el mar para morir, frente a él, en Santa Marta” (p. IX).

El libro que comentamos está montado sobre varios pilares. “Este libro pretende responder a tres preguntas: ¿Quién fue Simón Bolívar? ¿Cómo era Simón Bolívar? ¿Qué hizo Simón Bolívar?” (p. X). Y más adelante indica: “No está de más hacer notar a quien examine este libro, que es solamente una biografía de Simón Bolívar y no una enciclopedia bolivariana, ni tampoco la historia de la Independencia de los países americanos. Por esa razón bastantes temas sólo aparecen insinuados o expuestos con la extensión suficiente para los fines del libro y evitando caer en la tentación que invita, constantemente, al autor a desviarse hacia temas de mucho interés e importancia, pero que no afectan ni se refieren directamente a la orientación biográfica” (p. XII); y todo lo anteriormente dicho, teniendo en cuenta que a cada paso “es indispensable examinar los testimonios que se conocen, sin aceptar fantasías ni leyendas” (p. 86); otro párrafo puntualiza sobre el género que cultiva: “En una biografía no se juzga al biografado como lo hace un Consejo de Guerra. Se describe lo que pasó. El lector formará su propio criterio” (p. 455); sobre el modo de expresarse del Libertador, acota: “Nótese siempre que debe andarse con mucho cuidado con el vocabulario de Bolívar para poder saber qué quería expresar en cada caso” (p. 681); por ello también apunta “en la labor de pretender estu-

(2) Arturo Uslar Pietri: *En busca del nuevo mundo*. México: Fondo de Cultura Económica, 1969. p. 68.

(3) Tomás Polanco Alcántara: “Presentación de la obra *Simón Bolívar*”, en *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, Caracas, n/ 308 (1994), p. 327.

diar la vida de los seres humanos, no siempre es posible utilizar criterios únicamente lógicos o de simple cronología” (p. 869); y esto teniendo en cuenta que “un estudio biográfico necesita ir detrás del biografiado” (p. 955) aunque a veces es necesario romper la línea recta e ir oblicuamente para poderlo interpretar y es necesario también tomar además de los hechos reales “los factores psicológicos que suelen impulsar la conducta de los hombres y explican el móvil de sus acciones” (p. 983).

Tratamos de registrar en este comentario aquellos aspectos novedosos que Polanco allega a la investigación biográfica de Bolívar.

De su primer viaje a España acota que a partir de esa fecha “comenzó a prepararse para una realidad que luego le sería característica, la de tener que estar alejado de lo poco que le quedaba de familia” (p. 51); destaca la influencia que tuvo en su personalidad los estudios que hizo bajo la tutela del Marqués de Ustariz en Madrid. Debió iniciarlos a poco de su llegada a esa urbe, en donde ya se encontraba el 29 de junio de 1799. Había arribado a la península por Santoña el 13 de mayo del mismo año. Bajo la égida de don Gerónimo Ustariz y Tovar (1735-1809) pasó una fructífera época de preparación. Tiempo corto. De apenas un poco más de un año, pero determinante sin duda, cosa evidente en su correspondencia de aquellos días, misivas tan distintas a la primera de las suyas, escrita en la ciudad mexicana de Veracruz (marzo 20, 1799). De esto podría ser buen ejemplo la única carta conocida a la novia (Madrid: diciembre 4, 1800), con quien se casó dos años después (mayo 26, 1802), unión que apenas duró ocho meses, ya que la esposa falleció (enero 22, 1803).

Singular importancia tiene la acotación de Polanco, según la cual París –ciudad a la cual Bolívar llegó por segunda vez en 1804– tuvo una influencia decisiva en su formación. Según Polanco el Bolívar que llega a ella y el que sale de ella es otro, distinto. Fue allí donde se interesó por los negocios públicos. Y esto lo indica Polanco tras examinar, uno por uno, cada uno de los libros que Bolívar leyó en París durante ese tiempo: “Así podemos darnos cuenta de cómo aprendió de Locke cuál debía ser el origen y forma del gobierno para ser legítimo. Estudiando a Buffon y a Condillac pudo perfeccionar las enseñanzas del Marqués de Ustariz en el arte de escribir. Esos mismos autores le enseñaron el método riguroso del razonamiento. El Abate Mably le mostró el arte de la negociación diplomática y la relación clarísima de las lecciones de la historia con el arte de gobernar. Rollin le facilitó instrumentos técnicos para el estudio y le hizo ver la importancia de la educación en la felicidad de los pueblos. Filangieri lo llevó a comprender la relación íntima entre la naturaleza de cada pueblo y su legislación, así como la trascendencia para un gobierno de ocuparse planificada y directamente de la educación del pueblo. Vertot lo condujo por los campos diversos de la historia, de esta historia que Rollin recomendaba estudiar y Helvetius le puso de manifiesto lo que significaba usar con libertad el derecho de expresar cada quien sus pensamientos... Ese bien puede ser el esquema de la formación que Bolívar adquirió en París... Tal fue el sendero por donde lo llevó el haber sido discípulo, como él mismo se consideraba, de Bonpland, hombre de ciencia, filósofo y por tanto conocedor del mundo intelectual que rodeaba su tiempo y su medio” (pp. 126-127).

Con esta observación descubre Polanco no sólo el amplio espectro de sus lecturas parisinas, las cuales, según él lo prepararon para la acción, sino la presencia de una figura

singular, que como la de Aimé Bonpland (1773-1858), por encima de la cual habían pasado los biógrafos del Libertador. Bolívar se consideró discípulo de Bonpland.⁽⁴⁾ A este sabio concede Polanco mayor influencia en aquellos días que la que sabemos tuvo sobre él don Simón Rodríguez (1769-1854). Pero si es cierto que Bolívar se consideró alumno del sabio galo, nunca escribió sobre él un testimonio humano de la importancia de la *Carta de Pativilca*, (enero 19, 1824), en la cual colocó a Rodríguez como el primero de sus maestros. La presencia de Rodríguez en aquellos años europeos, si bien no es fácil de rastrear documentalente, sí lo es psicológicamente. Está presente, así nos falten papeles para seguir su itinerario, junto a Bolívar. Y estuvo junto a Bolívar en el más decisivo de sus momentos durante aquel período: en el juramento en Roma (agosto 15, 1805). Y bien pudo como Bonpland aconsejarle algunas, o muchas, de las lecturas que Polanco atribuye al consejo de Bonpland. Y fue don Simón, sabio psicoterapeuta en aquellas horas, como lo han demostrado los estudios de Moisés Feldman (1923-1995), quien puso andar a Bolívar tras el doloroso periplo de la viudez,⁽⁵⁾ quien lo hizo mirar al horizonte, quien lo encaminó hacia una causa como el mismo Bolívar lo confesó a Teresa Laisney.⁽⁶⁾

Junto a Rodríguez, como lo creemos nosotros, cerca de Bonpland y otros, en aquel París lleno de inquietudes, Bolívar comprendió cuál era su vocación. Se orientó hacia la política, se interesó por los negocios públicos (p. 128), maduró su conciencia a favor de la independencia, juró dedicarse a ella, pudo percibir tras la victoria inglesa en “Trafalgar” (octubre 21, 1805), a escasos sesenta y seis días de su juramento romano, como nuestra América quedaba entonces “librada a su propio destino” (p. 130).

Muy esclarecedor en el libro que comentamos es el cuadro que Polanco nos ofrece en torno a la presencia de Bolívar, a partir de 1807 –en junio estaba de vuelta de los Estados Unidos– el clima que llevó al 19 de abril, la presencia de Bolívar en la conspiración, el por qué de su ausencia el propio día de la decisión, ya que en todo momento, especialmente a partir de la abdicación del Rey de España (mayo 5, 1808) se le contó entre los miembros del “partido de la gente joven” (p. 185), el cual pedía la plena emancipación. Es por ello que durante el año 1808 prestó su casa de la “Cuadra Bolívar” para reuniones conspirativas y es por ello también que lo hallamos de lado los años de 1810. El 19 de abril estaba en su hacienda de Yare. Pero a poco de ocurrir el golpe pasa a Caracas, sugiere la misión de Inglaterra y parte al frente de ella (junio 9). La forma como actuó en ella, como todo un hombre de Estado, dejó claramente expuesto cuál era su criterio en aquella hora. Y como supo interpretar bien una observación que iba en las instrucciones que le fueron entregadas en Caracas. En ellas se leía: “Bajo este respecto nada tiene que añadir... a lo que dicten a los Comisionados sus conocimientos personales y sus sentimientos patrióticos”.⁽⁷⁾

(4) Simón Bolívar: *Cartas del Libertador*. 2ª. Ed. aum. Caracas: Fundación Vicente Lecuna/Banco de Venezuela, 1965, T. III. p. 487.

(5) Moisés Feldman: *Las crisis psicológicas de Simón Bolívar*. 2ª. Ed. Caracas: Fundarte, 1992, p. 115.

(6) Simón Bolívar: *Escritos del Libertador*. Caracas: Sociedad Bolivariana de Venezuela, 1967, T. II, Vol. I. pp. 136-140.

(7) Cristóbal L. Mendoza: *Las primeras misiones diplomáticas de Venezuela*. Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1962, T. I, p. 240.

Siguiendo esta acotación actuó. Los logros de su misión fueron positivos. Fue la primera vez en su vida que Bolívar tuvo en sus manos una cuestión de Estado (p. 211). Y la supo manejar con justeza. La misión londinense lo encabritó aún más en su certeza de la necesidad de la independencia total. Ese será el sentido que tendrá su primer discurso público (julio 4, 1811).

A continuación viene su paso a la acción. El precio psicológico que para él tuvo el conflicto con Francisco de Miranda (1750-1816), la caída de Puerto Cabello, la prisión de Miranda y su primer exilio. Este destierro tuvo tal influencia que concordamos con Polanco cuando afirma “Curazao cambió su fortuna” (p. 304). Tanto que llega a afirmar que “el hombre que salió de Caracas en agosto de 1812 era distinto del que llegó un año después (1813) a esa misma ciudad” (p. 333).

En esos años el Caribe domina su acción. Tras el desastre de la Segunda República (1814) sus pasos por Jamaica (1815) y Haití (1816), como recalca Polanco, van a ser determinativos. En uno madura el pensador. En el segundo el estratega. De sus expediciones haitianas sale a ser el Jefe indiscutido de la Revolución (1817). Jefatura que lo llevará al triunfo (1819) sin que por ello deje el pensador de estar activo. Tras el *Discurso de Angostura*, la piedra fundamental de su ideario, leída el mismo año de su triunfo en Boyacá. Y antes de la batalla decisiva pondrá las bases de un ejercicio certero de la acción política: la creación de un periódico –*El Correo del Orinoco* (junio 27, 1818)– la convocatoria e instalación del Congreso (febrero 19, 1819), la aprobación de la *Constitución* (agosto 15, 1819).

En esos años José Antonio Páez (1790-1873) se incorpora a la lucha, pero surge también la figura de Francisco de Paula Santander (1792-1840). Y conquistada la independencia del norte del continente se abre un nuevo camino. Y un hombre lo secunda con certeza: Antonio José de Sucre (1795-1830). Será la Campaña del Sur, la cual de alguna forma tendrá sus momentos estelares en Bomboná (abril 7, 1822). Junín (agosto 8, 1824) y su culminación en Ayacucho (diciembre 9, 1824) en la cual no pudo estar presente por habérselo prohibido el Congreso grancolombiano (julio 28, 1824). Sucre lo suplió.

Lograda la independencia venía la muy difícil tarea de afirmar las nacionalidades. Cada hecho es examinado con precisión por Polanco. El Congreso de Panamá (pp. 793 y 835). Y ello junto a la apertura de las relaciones diplomáticas con los países europeos. Las conexiones con los Estados Unidos se habían iniciado antes. Uno de los capítulos más sugestivos en esta materia es el que dedica Polanco al análisis de la misión de Juan B. Irvine en Angostura. Igual de esclarecedor fue la apertura de relaciones con la Silla Apostólica. La importancia que las grandes potencias daban a la figura de Bolívar, es fácil columbrarlo del extenso análisis que nos ofrece Polanco en torno al intento de Bolívar de libertar a Cuba y a Puerto Rico, proyecto en el cual hasta la libertad española figuraba en sus planes (p. 940). Las grandes potencias de la época lo frustraron. Cuba no logró su libertad sino con la acción de José Martí (1853-1895). Y Puerto Rico sigue atada a otras cadenas imperiales. Sin embargo, el intento bolivarianos de dar la libertad a aquellas dos insulas, dice Polanco, “tuvo el inmenso beneficio de detener todo peligroso ataque europeo a la vida americana” (p. 807).

Otros problemas que Polanco examina con destreza, son los relativos a la crisis de la Gran Colombia, al conflicto con Santander, al significado de la *Constitución* que para la naciente Bolivia redactó el Libertador, el hondo dolor que causó en su espíritu el atentado de septiembre del año veintiocho, día en el cual salvó la vida gracias a Manuelita Saénz (1797-1856), y los tiempos finales de aquella vida sin par.

Caracas.

Diciembre 13, 1994. Enero 4, 1996.